

sorprendidas en gran daño de nuestra reputacion, y nos hallamos con un sentimiento perpétuo que sin cesar está royendo nuestra conciencia. Si os da palabra de matrimonio, quiero yo estar presente para que os haga juramento delante de mí, y despues con el tiempo se compondrá lo demas.

Emilia escuchaba con mucha atencion los consejos de su Aya, prometiéndola seguirlos, convenida de convenir asi á su honestidad; pero todas estas seguridades ni los juramentos de su amante, que dependia de la voluntad de otro, no fueron bastantes á impedir la desgracia que estaba preparada para estos dos infelices, como verán mis lectores mas adelante.

A la mañana siguiente Fabio no olvidó su palabra, y menos la hora y sitio de la cita: fue soló á la puerta del jardin, donde halló á Marciana; y ésta le condujo hasta el enverjado, diciéndole esperase allí, ínterin volvía con el remedio que deseaba para satisfacer la ansiedad que tenia de hablar á su querida Emilia. — Fabio, que no habia ido con otro objeto que el de suplicar á Emilia le admitiese por amigo para ganarla la voluntad y poderla hacer despues suya para siempre, no quiso emplear el tiempo en largas contestaciones; y solo suplicó á la Aya, que pues habia dado principio á su felicidad, continuase dispensándole sus buenos oficios para

completar la obra, y que seria siempre estimada y protegida por haber cooperado á extinguir el odio que reinaba entre las dos familias. — Emilia, aunque vió á Marciana, no se atrevió á preguntarla si su Fabio habia ya llegado, sea de vergüenza, sea de timidez, por tener que hallarse en una posicion en que nunca se habia visto, como la de estar enamorada y sola con su amante: al fin Marciana la dijo: Señorita, hasta aqui he lisongea-do vuestros deseos y antojos sin cuidar de mi deber ni del disgusto que podia ocasionar á vuestros padres, que hacen tanta confianza de mí, poniendo bajo mi custodia y vigilancia una hija que tanto aprecian; mas en adelante es

preciso sepais el camino que de-beis seguir para mi gobierno; pues no es justo que labremos nosotras mismas con alguna imprudencia nuestra desgracia. — No tengais cuidado, responde Emilia; pues no daré un paso sin vuestro consentimiento; y por lo tanto, seguidme para que seais testigo de mis operaciones. — Marcharon, pues, juntas en busca de su amante que se paseaba en el jardin, sin hallar lugar que le cuadrase ni distrajese: tal era su inquietud, cuando repentinamente fue sorprendido por la llegada de su favorita, á la que saludó lleno de contento y balbuciente en fuerza de la grande emocion de su corazon, diciéndola: Señorita, mucho tiempo há

que ansiaba este momento feliz para declararos que soi vuestro esclavo hace mas de un año; pues me teneis sin libertad en las redes de amor, y tan conforme en ser vuestro prisionero, como que mis deseos se cifran en serlo toda la vida; y si antes no lo he verificado, culpád á mi mala suerte que me ha hecho nacer en la época de la discordia; pues habiendo destruido la paz de esta ciudad, me ha impedido en todo este tiempo romper el silencio para ofreceros mi corazon y respeto; mas no pudiendo sofocar la pasión que os tengo, os suplico me admitais por esposo si quereis hacer mi felicidad. — Emilia habia escuchado á su amante con grande alteracion

y gusto, conociendo á las primeras espresiones que le oyó, que estaba efectivamente poseido de un amor verdadero; y en esta persuasion le tomó de la mano, le condujo á una glorieta de laureles, y allí, sentados uno junto á otro, le respondió con mucha gracia en estos términos: Caballero, aunque vuestra clase y vuestras finas espresiones sean para mí una garantía suficiente de cuanto acabais de decirme, la poca constancia sin embargo de muchos hombres me hace casi dudar de vuestro discurso; pero habiendo leído vuestro billete, escuchado vuestras canciones, y visto los frecuentes paseos que dais por esta calle, os he hecho el favor que veis, aun-

que faltando á mi deber, para saber verbalmente de vos el motivo de vuestras solicitudes, mediando la enemistad mortal que sabeis entre nuestros padres que es un obstáculo invencible para poder honestamente amarnos. — ¡Cómo, Señorita! responde Fabio: ¿creéis por ventura que yo puedo abrigar en mi pecho la cólera que tan ligeramente concibieron nuestros padres, y que su gusto es el que dirige al mio en cosas de amor? Yo debo obedecer á mi padre, es verdad; mas nunca me podrá hacer aborrecer la que amo; y así os juro, que si consentís en ello, desde hoy quedarán ligados nuestros corazones, pues el mio está ya decidido á no ser esclavo de otra que

vos. — Emilia quedó vencida por el amor, haciendo poca ó ninguna resistencia á la decision de Fabio; y éste, embriagado por la satisfacción de verla conforme, se arrojó temerariamente á estampar sus labios en los de Emilia: empero esta, como despertando de un profundo sueño, y poseida de un justo enojo al ver atacado tan de improviso su decoro, rechazó con denuevo á Fabio y le dijo: ¿Cómo olvidais, Caballero, tan groseramente quién sois y quién soi yo? Sabed, que sea cual fuere la inclinacion que yo os tenga, nunca debéis esperar de mí el mas leve favor que pueda mancillar mi honor, interin no sea vuestra legítima esposa; de otro modo, y vista ya la

libertad que habeis pretendido tomaros, no volvereis á entrar mas aquí por vehemente que sea mi pasión; pues no quiero oscurecer mi estimacion ni la reputacion de mis antepasados. Si yo os he dado permiso para entrar secretamente en este sitio, también tengo resolucion y caracter para impedirlo en lo sucesivo, librando á mi honestidad de un inminente peligro, y castigándome á mí misma de la imprudencia que he cometido; y estad firmemente persuadido de que si os amo no es como simple amante, sino guiada de la esperanza de que seais un dia, cual prometeis, esposo mio. No es sino en este concepto como yo procuraré alimentar esta pasión; pues de lo contra-

rio fuera vituperada con razon mi conducta, y criminal un amor que no fuese cimentado en la virtud y justificado por el himeneo.

Fabio al oír á Emilia con tanta entereza y serenidad unas razones tan poderosas, la respondió: perdonad, Señorita, que me he escedido sin reflexion, y arrastrado por vuestros atractivos en un momento en que habeis decretado mi felicidad. No dudeis que mis intenciones son las mas puras, y os repito bajo el juramento mas sagrado, que no ansio otra dicha que la de ver realizado nuestro enlace. Por lo demas disponed de mí á vuestro placer, pues os obedeceré en todo cuanto me prevengais con la mayor exactitud.

Aquí teneis, jóvenes incautos, dos ciegos amantes, ambos hijos de familia, sujetos á padre y madre y menores de edad, que se atreven á contratar matrimonio sin su permiso, y sin atender á las solemnidades y ceremonias instituidas por la Iglesia para público testimonio y prueba de tal union, contentándose con que una vieja tonta haga de ministro del altar para recibir su fe y unirlos por palabra de presente. Aun cuando no se hubiesen ya anulado semejantes matrimonios, ¿no podríamos llamar á esta farsa un miserable subterfugio para evadir las leyes del santo Sacramento del matrimonio? Pero en nada desmintió el fin á un principio tan indiscreto y tan mal fun-

dato. — Yo quiero, dice la simple Emilia, que á presencia de mi Aya me prometais vuestra fe, y que nunca os casareis con otra que conmigo, y yo os daré la misma palabra. — No solo eso, dice Fabio (que por gozar de tal dicha hubiera renunciado todos los bienes de su padre, y jurado imposibles), sino desde hoy os hago el mas solemne juramento ante el Dios que nos ve y nos oye, y de vuestra Aya que puede ser testigo de mi promesa, que os acepto y considero ya como mi esposa; que jamas, mientras vivais, amaré ni podré dar mi mano á otra; y en fin, si quereis juraré por escrito este enlace de presente. — Marciana, despues de haber recibido sus juramentos, y que

los dos amantes tuvieron el anillo de su mano, les dijo que estaban ya tan bien casados, que era imposible pudiese nadie disolver esta union sino por la muerte. — Fabio al oír esto dijo á su esposa: y bien, querida Emilia mia, ¿quién puede ya impedirnos ni censurar el que nos veamos solos y que nos tratemos frecuentemente? Esta inocente, aunque ya no tuviese tanto recelo en complacerle por contemplarse efectivamente su legítima esposa, sin embargo puso varias disculpas, y la que mas affligia su corazón era el consentimiento que faltaba de sus padres; pero ya se habia echado la piedra al aire, y Marciana la dijo: Señorita, ya no viene al caso escusa ni fingi-

miento, y menos el dilatar lo que es un deber: Fabio es vuestro marido y vos su muger, y por lo tanto no podeis ni debeis ya tener escrúpulos en ser condescendiente en cuanto os proponga. Con estas razones tan decisivas de una muger anciana que habia sido su Aya desde la niñez, fueron disipados todos los temores y remordimientos de esta infeliz, con lo que dieron el primer paso á su perdicion. Yo creo que los cantores de su epitafio fueron los buhos y los murciélagos, anunciando su muerte miserable por la ocurrencia de un caso tan fuera de propósito; y siendo la pompa de sus nupcias clandestinas, fue causa de que sus exequias lastimosas causasen por su

novedad una admiracion estraordinaria á toda la ciudad de Roma, segun verán nuestros lectores en la relacion que sigue.

Estos dos amantes, gozosos con su enlace, convinieron como esposos, aunque secretamente, por espacio de un año ó mas, esperando de una hora á otra tener los medios de poder vivir juntos con toda libertad, lo que no era tan fácil no siendo por la muerte del padre de Fabio, que era el principal y el mas difícil de reducir en este asunto. Este, cuando los dos amantes se hallaban mas engolfados en sus satisfacciones, les dió un asalto tan fuerte, que no estando bien resguardados, no pudieron sufrirles sin precipitarse, y ved aqui cómo.

El buen hombre, viéndose ya de una edad avanzada, y que poco á poco se encaminaba al sepulcro, deseando dejar establecido antes de morir al único hijo que tenia, le llamó un dia reservadamente y le habló en estos términos: Ya ves, hijo mio Fabio, que la naturaleza empieza ya á faltarme, y que la vejez me abate tanto que frecuentemente me veo asaltado por mil precursores de la muerte, de lo que infiero que la tengo ya mui próxima. Puedes considerar cuál seria mi placer si te dejase ya establecido y bien casado, segun corresponde á tu rango. Soi padre, sabes lo mucho que te estimo, y que siendo hijo único, no tendria mayor contento que el de espirar



rodeado de nietecitos que dilatasen nuestra ilustre stirpe. — Fabio, que no esperaba un golpe tan fatal, se quedó mas frio que un mármol al oír de su padre una arenga semejante, estando bien seguro de que no seria su querida Emilia la que le propusiese por esposa, y no le dió otra respuesta que la de un movimiento de hombros, lo que fue bastante á dar á entender que semejante resolucion no le era agradable. En esta ocasion no le exigió su padre contestacion alguna, sino antes bien, como le amaba tanto, procuró suspender disimuladamente esta conversacion. Lo que hizo fue encargar á ciertos parientes le estrechasen á admitir un enlace mui ventajoso que tenia ya él

proyectado, y estos lo ejecutaron recordándole la obediencia que debia á su padre, y el placer que el pobre viejo recibiria cuando le viese bien casado; asegurándole que este era el medio de evitar se irritase contra él, como era natural si encontraba resistencia al cumplimiento de sus órdenes. — Nuestro amante les respondió, que si hubiese tenido inclinacion á casarse, á su padre solo y no á otro alguno es á quien hubiera declarado su deseo; pero que su corta edad y su poca esperiencia de las cosas del mundo no le permitian casarse aun, y queria vivir en su libertad el tiempo que le restaba de su adolescencia. — Los emisarios, luego que le oyeron esplicarse en

estos términos, conocieron que estaba comprometido con alguna jóven y no queria abandonarla; informaron de todo á su padre, y le aconsejaron averiguase quién era la dama que le tenia encadenado, y en qué términos, para poder impedirle tomar un partido tan ventajoso y faltar á un precepto paternal; lo que puso inmediatamente en ejecucion, y llamando á Fabio, le dijo: Estoi admirado, hijo mio, de oír tus disculpas sobre el enlace que te he proporcionado de una señorita tan hermosa, rica y honesta, y es preciso te cases con ella para que tu anciano padre pueda morir contento y tranquilo, dejándote ya bien establecido. Sin embargo, si hai alguna causa que

te impida darme este gusto, háblame claro. Yo no creo ser un padre tan cruel y temerario para violentarte si has puesto tu afecto en otra, siendo correspondiente á tu clase, pues no deseo otra cosa que tu felicidad y satisfaccion. Asi pues, dime quién es la que merece tu eleccion y cariño para esposa. — Viendo Fabio á su padre tan racional y deferente (lo que hacia cautelosamente por saber cuál era el objeto que le privaba de su libertad), se puso á suspirar, y bajando la vista de vergüenza ó de temor de que su padre se irritase, no se atrevia á responderle; le recordia la conciencia y temia su furor si le confesaba la falta que habia cometido de casarse sin su

(142)

permiso con una muger que jamas aceptaria por hija, como lo vió al momento, cuando el viejo le dijo: Y bien, hijo mio, ¿no me darás otra respuesta que suspiros? ¿qué quiere decir ese silencio? ¿no parece sino que te arrancan el corazon del pecho!!!! Ya veo que tú estás enamorado; pero ahora mismo me has de decir de quién, para ver si se puede acomodar el enlace á tu gusto. — Fabio, conociendo que la suerte es un juego en el que se debe envidiar el resto cuando se presenta propicia ó forzada, para quedar en paz ó perderlo todo á una carta, respondió á su padre en estos términos: Señor, siendo aun de tan pocos años, y hallándome mui bien con mi libertad en

(143)

el estado celibatario, no pensaba, ni me llamaba la atencion el del matrimonio, pues me parece tambien que son muchas las obligaciones y los riesgos de un hombre casado, para poderme hacer feliz á mí ese estado; pero pues que es vuestra voluntad que me case, y la mia la de complaceros, estoi pronto á obedeceros si en ello tenéis tanto placer; y siendo preciso para realizarlo que yo os declare mi inclinacion, os confesaré que siempre que fuese de vuestra aprobacion, no hai mas que una muger que pueda hacerme feliz, y la única á quien, si he de casarme, me resolveria á dar mi mano: esta es la jóven Emilia, hija de Cresenci. — Apenas Fabio pronunció el nom-

bre del padre de Emilia, trasformó en ira la del suyo, de tal manera, que indicaba ya en su semblante, antes de hablar, el efecto que habia causado esta noticia y declaracion en su corazon; y balbuciente, temblando y con una voz ya alterada por la cólera que le poseia, dice á su hijo: ¡Cómo! ¡infame, temerario! ¿cómo te atreves á nombrar ese mónstruo delante de tu padre? ¿tan vil es tu corazon que pueda abrigar semejantes sentimientos? ¿tú amas á la hija del hombre que mas aborrezco en el mundo? ¿es ese el respeto que tienes á tu estirpe? Responde, mal hijo: ¿eres tú el que quiere mezclar mi sangre con la de aquellos que siempre han estado labrando

la ruina y deshonra de tu familia? ¿Es esa la opinion que yo puedo formar de tu pundonor y delicadeza, cuando ya en el dia te olvidas de las injurias y daños que esa raza infame ha ocasionado á tus mayores, en vez de detestarla, como si fuese una manga de fuego que abrasa y estermína cuanto alcanza? ¡Ah, cruel, hijo ingrato! Ya veo ahora que no deseas mas que mi muerte, para burlarte de mí con mis riquezas en los brazos de la hija de mi enemigo: mas no, nó será asi. O te casas con la que te tengo destinada, preferible por todos conceptos á la que tú has elegido, ó sales de mi compañía privado de todo cuanto pudieras esperar en lo venidero; pues yo

no tengo bienes ningunos de tu madre; todo lo he adquirido, comprando lo que me habian hecho perder las disensiones pasadas. Si te resistes aun á cumplir mis intenciones, no necesito de hijos para hacerme obedecer: en esta inteligencia, marcha, piénsalo bien, consulta tus intereses en dos dias que te doi de término para saber tu resolucion y tomar yo la mia. — Fabio se disculpó con humildad lo mejor que pudo, suplicando á su padre le perdonase, haciéndole la reflexion de que el amor no mira ni halla ostáculo en las demas pasiones, y que otros con mayor enemistad que la suya habian llegado á ser despues los mas finos amigos por un enla-

ce; pero que de todas maneras no habia nacido mas que para obedecerle, y que prescindiendo de su inclinacion, procuraria esforzarse, aunque con pena, por complacerle ó morir víctima de su obediencia y de su amor. — Está bien (dice el padre con la misma ira y severidad), tú piénsalo, y no te olvides que si eres dueño de tu voluntad, tu padre lo es de sus bienes; y que para cedértelos quiero ser obedecido de los que Dios ha dispuesto nazcan para servirme y ejecutar cuanto les mande. — Concluidas estas espresiones se retiró dejando á Fabio tan confuso, que no sabia qué hacer, teniendo en su triste imaginacion dos objetos tan grandes como la